

LA OBRA HISTÓRICA

DE

M. JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

I.

Un acontecimiento importante se ofrece á nuestra vista; el descubrimiento de un mundo enteramente desconocido, de un mundo subterráneo, el mundo de los enemigos de la Iglesia. ¿Puede imaginarse un descubrimiento más importante que éste; puesto que de él depende el éxito de la lucha empeñada en nuestros días, casi en todas partes, y de un modo especial, en los alrededores del Vaticano? Hace muchos años que los cristianos sostienen un rudo combate, y ¿por qué la victoria no se declara todavía en favor suyo! Porque hieren, al acaso, y sus golpes se pierden, casi todos, en el vacío: ellos no conocen á sus enemigos; que, encubiertos con toda clase de máscaras, adoptan todos los disfraces, se dan los más variados nombres; y procuran, por todos los medios, disimular su objeto, y extravíar la opinión pública, afirmando, que detestan aquello mismo que más codician. Estos son los medios, con que procuran engrasar cada día sus filos; y lo que todavía es peor, alistan bajo sus banderas á los mismos cristianos.

La base de la secta anticristiana es el misterio; y cubierta con ese escudo, marcha al asalto de la Iglesia: no se la puede combatir ni vencer, si no se la despoja de ese

escudo, y se penetra en todos los pliegues de ese misterio formidable. Estos son, humanamente hablando, los únicos medios para triunfar de ella.

Hanse publicado numerosos volúmenes sobre la Franc-Masonería, y no cabe duda que algunos de ellos son muy notables. Sin embargo, dejan todos algo que desear, por dos razones: la primera, porque todos los escritores que se han ocupado de esta cuestión, la han considerado bajo un solo punto de vista; siendo así que la cuestión es compleja; y luego, porque no se han esforzado en estudiar esta secta con el auxilio de los libros inspirados.

En el Antiguo y Nuevo Testamento, en los profetas y en las palabras del mismo Jesucristo y de sus Apóstoles, es donde Mr. de Camille ha ido á buscar el origen de esta secta; que, con el tiempo, ha tomado diferentes nombres; pero, perseverando constantemente en su objeto, que es la ruina completa de la sociedad cristiana, y el dominio del Antecristo sobre la tierra. Si; á esas páginas venerables recurre Mr. de Camille, para pedirles la explicación de este misterio de iniquidad. Tomando su punto de partida, en los oráculos divinos; va siguiendo, paso á paso, á la secta, arrancándole preciosas confesiones; pues de los mismos libros de los sectarios, de sus prácticas y ritos, de sus símbolos y de la

doctrina que se ha conservado en las Logias, es de donde el autor saca la evidencia de sus demostraciones. Estrechados por una dialéctica, que no deja éfugio alguno á la secta; se ven forzados á confesar, que sus inspiraciones vienen del demonio, que suspira por lo que no dejará nunca de ser un sueño: esto es, la *rehabilitación de Lucifer*. Los sectarios pretenden establecer un nuevo orden social, que esté en rebelión abierta contra el Dios de los cristianos; á quien llaman, *el Tirano*; nuevo orden, ó más bien, desórden horrible; que solo tiene un objeto, un solo punto de partida, un solo fin: la *destrucción del Cristianismo*.

La obra histórica, en que nos ocupamos, no ha llamado la atención pública, como ya su autor lo había previsto, y predicho varias veces. Familiarizado con los procedimientos de Satanás, y conociendo perfectamente la época actual, sabía muy bien, que, por una parte, la secta procuraría hacer el menor ruido posible, para que pasaran desapercibidos sus descubrimientos; y, por otra, su voz no encontraría eco, desde luego; en la masa de los cristianos, á causa de la transformación que en ella han producido las ideas de los sectarios.

II.

Esta conspiración, hábilmente dispuesta por la secta, de hacer el menor ruido posible acerca de esta obra histórica: ha sido secundada eficazmente, por la indolencia de los cristianos...

Mr. de Camille dá suma importancia á las profecías, y hasta puede decirse, que su libro está basado en los Profetas; principalmente, en aquellos, que han merecido la sanción de la Iglesia, y cuyas palabras están consignadas en los libros sagrados. Las profecías de las épocas posteriores tienen también cabida; ya, en las *Cartas de un Ermitaño*; ya, en la *Historia de la secta anticristiana*; pero las saca, siempre, de libros auténticos; los escoge con un tino sorprendente, y no se sirve de ellos sino en tiempo oportuno; esto es, cuando confirman las profecías consignadas en el Antiguo y Nuevo Testamento, ó bien, cuando el cuadro de la situación histórica del mundo concorda, natural y lógicamente, al género humano; al cumplimiento de las palabras de los Videntes; de suerte, que el lector no piensa en

sus vaticinios, sino cuando el órden natural de los acontecimientos los confirma, de un modo incontestable y completo.

Animados por el mismo sentimiento de caridad, que ha sostenido á Mr. de Camille en su penoso trabajo; vamos á dar una idea, bien que rápida é incompleta, de su obra; y á manifestar el vivo deseo que nos anima, de que pronto se halle, en manos de todos los verdaderos hijos de la Iglesia.

Nosotros no podemos proceder, ni por análisis ni por síntesis; pues no es posible reunir ni analizar, en pocos artículos, la *historia del mundo entero, presentada bajo un nuevo punto de vista*: nos limitamos, pues, á dar una idea del órden que sigue el autor.

Dividiendo la historia del género humano en tres grandes épocas; Mr. de Camille muestra, á grandes rasgos, en la primera de sus *Cartas de un Ermitaño*; las analogías que presenta bajo el punto de vista de la fe y de la religión. Esas tres épocas las llama el Ermitaño: *época de la ley natural, de la ley escrita, y de la ley de gracia*. Las tres comienzan, por un hecho bíblico: la primera, por la expulsión de Adán del Eden; la segunda, por la salida de Abraham de la tierra de Canaan; y la tercera, por la huida de José y de María de la Palestina; para buscar un refugio en Egipto. Un gran sacrificio marca, igualmente; cada una de esas grandes épocas: *la muerte de Abel; el sacrificio de Isaac; el suplicio de Jesucristo*. Finalmente; un hecho del mismo órden sagrado, y cuya analogía no puede ménos de sorprendernos; señala el término de cada una de las tres primeras épocas históricas. Señala el término de la primera, el imperio de Asiria; que persiguió á los adoradores del verdadero Dios; y, cuando la persecución era más viva; y la causa de la ley parecía perdida; apareció la gran figura de Melquisedech, *rey de Salem y sacerdote del Señor*; de quien el mismo San Pablo dijo, que, «como Jesús, fué un rey verdadero y un verdadero sacerdote...» En el xix siglo de la era de la ley escrita; el culto de los ídolos había penetrado hasta en el templo de Jerusalem; entroncose Juan, el Hircano; colocado en el trono *espiritual y temporal*; después de haber experimentado grandes desgracias, y padecido crueles persecuciones; obtuvo, con la ayuda de Dios; que la verdadera ley triunfase, por último, de la falsa; y se res-

tableciara, entre los hebreos; el culto de Dios. Así, pues; ha habido siempre algun elegido del cielo, para suspender por algun tiempo, por un tiempo relativamente corto; los decretos de Dios; resuscita á anonadar á los pueblos, por su apostasia.

Luego despues, la secta vuelve á ganar terreno; y llegamos, por una parte, al diluvio; y por otra, á la dispersion del pueblo escogido. Hé aqui, cómo concluyen las dos grandes épocas de la historia del linaje humano.

Si nos hemos detenido algun tanto, en esta primera carta; es para que se vea, cuán elevado es el órden, de que el autor saca sus argumentos.

III.

En la segunda carta, Mr. de Camille empieza á seguir, en todo el curso de los siglos; la marcha tenebrosa y constante de los hijos de Belial (este es el nombre, que la Biblia da á los sectarios) de los hombres de la iniquidad, prosiguiendo, con encarnizamiento, la obra de destruccion contra el culto del verdadero Dios. Llama la atencion del lector sobre una asombrosa analogia histórica, entre las condiciones respectivas de Jerusalem y de Roma, los dos pueblos destinados á ser la sede de la verdadera religion. Jerusalem tenia el Arca santa, y Roma habia recibido el Espíritu Santo y las llaves místicas del cielo. La Palestina no fué una nacion conquistadora; y la Italia cesó de serlo; desde el dia, que el Cristianismo colocó en ella su silla. Ambos países son una maravilla de la creacion; el mundo entero admira su fertilidad y la dulzura de su clima; y cuando se estudia con toda diligencia su historia, se notan, á cada página, sorprendentes concordancias. ¡Fenómeno extraordinario! Los hijos de Belial, los sectarios, que hacia el fin del siglo XVIII de la era de la ley escrita, trataron en Jerusalem de derribar el culto nacional, y de abaritar á los Pontífices-Reyes, en nombre de la libertad y de la independencia; mostrábase animados de un odio profundo contra los Romanos, el único pueblo que ningun daño habia causado á la Palestina. La causa de este odio procedia, de que los Romanos detestaban á los traidores, y no podian los sectarios esperar de ellos, que les prestasen, para sus culpables designios, los mismos

auxilios que recibian de los Asirios, de los Egipcios y de los Griegos. En los tiempos modernos, todos los fureros de la revolucion italiana se dirigen contra la familia de Hapsburgo, esto es, contra los herederos del título de emperadores romanos; porque en Viena, más que en otros tiempos en Roma, parece que no se quiere favorecer á los que tramam la caída del Soberano Pontífice, y hacen la guerra al órden social cristiano, cómo en Inglaterra y en Francia, que están en poder de la Masonería. La Roma de los Papas ha recibido de Dios, como Jerusalem, el inapreciable privilegio, de ser el centro, el hogar de la sola verdadera fé; toca á los Italianos, como ántes á los Judios, el ser sus fieles guardadores; y si dejan de velar sobre ese depósito sagrado, serán dignos y sufrirán castigos tan terribles, como los que, desde tantos siglos, pesan sobre el pueblo ingrato de Israel: su apostasia marcará la aproximacion del fin de los tiempos.

Esas analogías, que me limito, á apuntar; son como el prólogo de toda la obra, y dejan entrever, ya, las conclusiones; pero ¡cosa singular! se pueden admitir ó rechazar estas conclusiones, sin que la tesis desenvuelva en las Cartas de un Ermitaño sufra variacion alguna. En los capítulos siguientes; nuestro Ermitaño examina todo lo que el nuevo mundo, que ha dado en llamarse mundo moderno, ha producido en el órden moral, intelectual y material: pasa revista á los nuevos principios del sufragio universal, las grandes aglomeraciones, la opinion pública; y demuestra, hasta la evidencia, que todo eso es falso, ó se le da una falsa interpretacion. Aún más: demuestra, que ese mundo nuevo, que se esfuerza en dominarnos, y que, por desgracia, lo consigue; es un mundo, anunciado por los Videntes de todos los siglos, y del cual el mismo Jesucristo nos ha mandado cautelarnos.

El nuevo órden social, que decansa sobre la mentira, y que se propone destruir el órden social cristiano; es el mundo del Anticristo, y prepara su pasajera dominacion, anunciada en los libros sagrados. Entónces; se verán los estupendos prodigios, que el amor al prójimo sabe inspirar á una alma, verdaderamente cristiana. El Ermitaño hoja los libros más cubiertos de polvo, y, por lo mismo, menos leídos en nuestros dias: el Antiguo y Nuevo

Testamento; los Apóstoles, los Padres de la Iglesia, los Doctores, los Expositores, los Apologístas, y los Profetas antiguos y modernos: examina, medita, escribe, y ofrece á nuestra vista la era infuusta, que debe preceder al advenimiento del Anticristo, segun lo que está escrito en esos libros; los más venerables de la tierra; y á la vista de ese mundo predicho, al compararlo con el mundo moderno, tal como Mr. de Camille nos lo pinta, al natural; no podemos menos de exclamar: ¡Exacto! los dos mundos no forman mas que uno solo.

IV.

El carácter distintivo de la época anticristiana debe ser, segun los Profetas, la apostasia. Y, en efecto; la apostasia domina todas las naciones ántes cristianas. Pero especialmente en Italia, nacion la mas privilegiada, es donde la apostasia se muestra mas patente. El gobierno italiano, probablemente sin advertirlo, ejecuta con toda puntualidad los designios de la Providencia. Ministros, diputados, todos, al parecer, están de acuerdo en arrancar de Roma al Papa; y sin embargo, de que no conocen ni una palabra del catecismo, tienen la pretension de hacernos creer, que obran en nombre de los sagrados intereses de la Religion. ¿No es esto apostatar del Jefe supremo? Y cuando la Providencia permite, que la apostasia llegue á establecer su dominacion en el mismo lugar santo, en la misma nacion que ella ha preservado, por muchos siglos, de toda corrupcion; ¿se desearia todavía otra señal, para reconocer la época tenebrosa que atravesamos, y no ver en esta permission de Dios, una preparacion para el cumplimiento de sus oráculos, que no pueden mentir?

Por otra parte, los signos de los tiempos superabundan y brillan con toda claridad en la obra histórica de Mr. de Camille. Entre los signos de la última época del mundo, la tradicion de la Iglesia, de acuerdo con San Pablo, pone la caída del Imperio Romano. En la carta IX, examina esta cuestion con el apoyo de las autoridades históricas más autorizadas. El Imperio Romano ha sobrevivido á todos los cataclismos hasta nuestros dias: ha habido algunos vacios en su existencia; pero no por eso, la Iglesia ha proclamado su muerte. En nuestro siglo, empero, el emper-

rador de Austria, sometiéndose á la ley de Napoleon I, otro de los gefes del ejército anticristiano, ha renunciado á ese título. En el congreso de Viena, ese título no fué restablecido: el mismo emperador de Austria; al parecer, ni siquiera se acordó de él; por cuyo motivo Roma, lomando acta de la muerte del Imperio Romano, ordenó á los obispos, que suprimieran de la liturgia las oraciones que se hacian por la prosperidad de este imperio, cuya existencia se consideraba como intimamente unida á la existencia del órden social cristiano.

Otro signo característico. San Gregorio ha dicho, que «hacia los últimos tiempos del mundo, los hombres estaran dotados de una inteligencia mas precoz, mas pronta, á imitacion de la antorcha que arroja una luz más viva cuando está á punto de apagarse.» La época actual ¿no responde precisamente á esas palabras, sobre todo, si se las entiende en la verdadera significacion que ha querido daries su autor, y que sin duda es: estos hombres desplegaran mas talento para todo lo que concierne al bien estar material, y se preocuparán muy poco de lo relativo al órden moral?

Mas, ¿á qué multiplicar las citas de un libro, que es un vasto tejido de pruebas, que se sostienen mutuamente, y están enlazadas con una contestura lógica, que desafía á todos los sofistas? Diganos únicamente, que el Ermitaño, despues de haber establecido y demostrado con toda claridad su tesis; considera de nuevo sus analogías históricas, y vé en la época actual dos caracteres: uno general, y otro especial. El primero, es la destruccion, hacia la cual marcha el mundo, como lo practicaba en tiempo de la grande apostasia, que provocó el diluvio; y de la otra grande apostasia, que acabó por la dispersion del pueblo hebreo.

El segundo, indica un próximo triunfo de la Iglesia, triunfo brillante, espléndido, cual no lo ha tenido jamás; y ese triunfo responderá á la era de los Asmones, pontífices y reyes de la Palestina; y así se cumplirá, á la letra, esta sentencia de San Pablo; todas las cosas que sucedian al pueblo judío, eran una figura de lo que debía suceder al pueblo cristiano. Ese triunfo no lo ha alcanzado aún la Iglesia; es necesario que venga ántes que se disuelva el mundo actual. Además, el acuerdo unánime de todos los Videntes de los últimos siglos, San Nicolás de Espa-

ña, San Francisco de Paula, el venerable Hobzhauser, y muchos otros, lo confirman con muy poderosas razones, que se hallan lógicamente desenvueltas; y que es necesario leer con toda detención en las *Cartas de un Ermitaño*; sobre todo, en las XII y XIII, donde el autor tributa homenaje al celo y prudencia de Pío IX, cuyo ojo sagaz y vigilante penetra todos los peligros, como también a su tierna solicitud por el género humano en esta época.

Pío IX ha levantado un faro, que es el *Syllabus*; ha preparado un asilo, que es la proclamación del dogma de la Immaculada Concepción; ese faro, y ese asilo, han venido á tiempo, y le señalan: era necesario un auxilio excepcional para una época excepcional: la Iglesia nos lo ofrece; y con ese auxilio se nos promete una espléndida y última victoria del Cristianismo, sobre los esfuerzos de la secta anticristiana. Será como un oasis, en medio de este vasto desierto, do no se halla ningún bien, ni obra buena; oasis, que responde á la época paralela de la historia judía, á la dominación benéfica y reparadora de los Asmoneos.

V.

No hay quien no recuerde el suceso, más grande de este siglo: el de la convocación del Eucménico Concilio del Vaticano. Los corazones de los fieles saltaron de júbilo á su anuncio; y con razón, porque todo el mundo comprendía, que nada más á propósito para asegurar el orden cristiano, con tanto empeño alterado, como la reunión de todos los pastores en torno del Pastor supremo. Pero, como sucede siempre en los momentos de entusiasmo, la imaginación de algunos se dejó arrastrar por las ilusiones. El Concilio, según algunos, debía, con sus decisiones, poner, al punto, fin á los males de la Iglesia y de la cristiandad, restablecer todos los derechos, y conducirnos, sin transición alguna, á la paz universal. Apoyábase todo esto en ciertas profecías respetables, empero mal aplicadas.

Entonces fué cuando Mr. de Camille escribió otro pequeño volumen, que lleva por título: *Nuevas Cartas de un Ermitaño*. La materia de que trata, es siempre la misma; pero desarrolla más algunos puntos, que solo había someramente tocado en las cartas precedentes.

Desde luego, vuelve á ocuparse de las palabras de la Iglesia, y de las de los Profetas, que anuncian la venida del Anticristo; insistiendo, no obstante, siempre, en las de Jesucristo, cuando habla de los signos precursoros de esta venida; porque, dice, importa ménos conocer la época precisa de la venida del hijo de la perdicción, que la época que debe preceder á su advenimiento, puesto que la Iglesia nos enseña, que esta época fatal causará horribles estragos en los campos de los fieles. Los principios subversivos y anticristianos, después de haber cubierto la Francia de sangre, se han propagado á España, Portugal, Italia, Austria; esto es, las naciones que, por una gracia especial de Dios, habían sido preservadas de la herejía luterana. La fé se entibia en todas partes, y como el Hombre-Dios nos lo había predicho.

«El hermano entrega á la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantan los hijos contra los padres, y les quitan la vida.» ¿No se cumplió de una manera terrible ese texto sagrado en las escenas sangrientas de la revolución francesa, y en los tristes sucesos que han venido después á desolar la España, la Italia, el Austria, á toda la cristiandad, en fin; á esta cristiandad, que, á pesar de una triste experiencia, ha osado enarbolar los principios de la revolución francesa, y colocarlos en el lugar del Evangelio?

Y estas otras palabras de Jesucristo: «Oireis noticias de batallas y rumores de guerra; ¿no resumen, al parecer, el estado normal de nuestra sociedad? Napoleón III se presentó al mundo como amante de la paz, y quizá aspiraba á ser un príncipe pacífico; estaba escrito, empero, que, á cierta época, en vano se trataría de la conservación de la paz; y también Napoleón III llevó por todas partes la guerra y el temor de las batallas. Nuevas guerras han devastado las cuatro partes del mundo. La China ha sido devastada por los rebeldes Taiping, y luego atacada por la escuadra Anglo-Francesa, que debía después llevar la guerra al Japon: en las Indias estalló la terrible insurrección de Nana-Saib, tan cruelmente reprimida por los ingleses: hubo guerra en Aghaistan, guerra en el Cáucaso; guerra en los Estados Unidos; guerra, en Méjico; mortandades, rebeliones ó invasiones de armas extrangeras; guerra en las repúblicas del

Sud, y en Marruecos; guerra en la Abisinia, en el Brasil, en Paraguy; en Europa, guerra de Ungría, guerra de Crimea, guerra de Italia, guerra de Schleswig-Holstein; por todas partes guerras ó rumores de guerra; hé ahí, las condiciones del mundo en el siglo XIX, de la era cristiana.

Después de haber reunido nuevas pruebas, en apoyo de la tesis á la cual ha consagrado tantos estudios y trabajos, el Ermitaño se ocupa, en la Carta VI, del Concilio Vaticano, mostrándose, no solo intérprete juicioso de los Profetas, sino, haciendo una profecía, que se está verificando en todos sus detalles. En esta Carta, el Ermitaño explica el motivo de no haber hablado, en su primera obra, del Concilio Eucménico, convocado por Pío IX; y fué, porque, dice, ni en los escritores que ha consultado, ni en los Padres de la Iglesia, ni en los Doctores, ni en los Profetas, tanto antiguos como modernos, ha encontrado nada, que se refiera á este suceso. El gran Concilio Eucménico, de que hablan Telesforo, San Nicolás de España, y muchos otros, debe celebrarse en la época del Papa santo, y de la Renovación de la Iglesia; y, según los textos más autorizados, ese Papa santo, ese *Pastor Angelicus*, designado por San Mataquías, obispo de Armagh, debe ser el quinto sucesor de Pío IX.

Ese Concilio—resumo aquí, vista su importancia, las palabras mismas de Mr. de Camille—se celebrará, probablemente, hacia el fin de nuestro siglo; pues que, según los mismos textos, hacia 1889, será cuando aparecerán el Papa santo y el Grande Emperador, que, unidos con santa alianza, concurrirán juntos á la Renovación de la Iglesia. No, por eso, el Concilio de 1869 pierde su importancia, puesto que, es una preparación para el otro. Entre los dos Concilios hay cierta relación íntima, pues el uno será la continuación del otro. El Concilio futuro será el triunfo de la Iglesia, después de una gran batalla; mientras que el de 1869, habrá hecho los aprestos necesarios para entrar en campaña, y preparado el arma más poderosa para la Iglesia, que es el dogma de la Infalibilidad del Papa, proclamado por ese Concilio.

Pío IX ha tenido, sin duda, poderosos motivos para convocar los obispos, á fin de que sancionasen esta verdad, que toda alma cristiana, reconocida ya, antes del Concilio, y

que ninguna necesidad tenía de ser proclamada; llegaron, empero, los tiempos, en que era preciso, que esta verdad, sacada del tesoro de la Iglesia, apareciera en plena luz: llegaron los tiempos de armar al Papa de ese dogma; de fortificar la Iglesia con ese antemural, porque la Iglesia necesita estar más armada de lo que lo ha estado hasta aquí. Bajo Neron y Domiciano tenía que luchar por las verdades religiosas; hoy día, debe luchar, á un tiempo, por la defensa de la religion y de la sociedad; pues, no fueron ménos atacadas por la ceguedad pagana aquellas, que, cosa mucho más terrible! lo son éstas por la ceguedad satánica de la apostasía. Una vez proclamado el dogma, el Concilio será suspendido.

Si se considera, que esto se publicó en vísperas de la apertura del Concilio Vaticano, no podrá ménos de sorprender la exactitud de esas previsiones. ¿Qué es lo que dá á nuestro Ermitaño;—que no se atribuye en vano el don de profecía—esa seguridad en sus apreciaciones? El estudio profundo de la acción providencial en los acontecimientos del mundo; estudio hecho sobre los Libros sagrados, con el auxilio de los Padres y de los Doctores de la Iglesia. Otra cualidad tiene, que no puede ménos de serle utilísima: está libre de toda ilusión.

El mismo Ermitaño dice, que en alguna parte, «la ilusión es lo último que emplea Satanás para triunfar de los hijos de la luz: muchísimas personas, que resisten á toda otra seducción, se dejan arrastrar por las ilusiones, que son también una forma de la mentira.» La publicación de las *Nuevas Cartas* responden á este orden de ideas, puesto que, son una especie de protesta razonada contra las tendencias de ciertos católicos, que tratan de retirarse de la lucha bien librada. No; el Cristianismo está llamado á una lucha de todos los días; y las misericordias de Dios son proporcionadas al heroísmo necesario en las pruebas á que nos somete.

En esas *Nuevas Cartas*, el Ermitaño trata de fijar la época en la que, según el orden providencial, y las analogías históricas de la era de la ley de gracia con la era de la ley escrita, reinará el Papa santo. Ya hemos dicho, que la coloca al fin de este siglo, entre 1880 y 1890; eso, empero, no pasa de una simple inducción; y después de ofrecernos los documentos en que se apoya,

deja la cuestion al juicio del lector. Por otra parte, oportuno será, recordar á algunos, pues, al parecer, lo han olvidado; que todo depende de nuestras obras; si los cristianos nos sometiéramos voluntariamente á la expiacion, si nos convirtiésemos de corazon á Dios, el tiempo de las pruebas se abreviaría mucho: el triunfo de la Iglesia está, pues, en nuestras manos; podemos acelerarlo por nuestra conducta, esto es, separándonos enteramente de la secta anticristiana.

VI.

Llegamos al año 1871. No pocas de las cosas anunciadas por el Ermitaño se han verificado ya; y es cada vez más evidente, la semejanza entre la anunciada época del Anticristo y la época actual. Pio IX es prisionero, y el mundo moderno domina por do quiera. En el presente año, Mr. de Camille publica la *Historia de la secta anticristiana*: «Después de haber estudiado, dice, lo que está practicando el mundo moderno, es preciso conocer á los hombres que le han creado, y el objeto que ese nuevo mundo se propone.»

En una obra muy estimada, que lleva por título: *Consideraciones sobre los grandes problemas de nuestros tiempos*, el obispo de Maguncia ha escrito: «Respondería á una de las mayores necesidades de nuestra época, un libro que nos diera á conocer el origen, la historia, la naturaleza, las prácticas, los símbolos, y la situacion de la Francmasonería, así como su influencia en los Estados modernos.» Esta frase, que pone por epígrafe, y que ha tomado de otro escritor, es, en algun modo, el programa que el autor de las *Cartas de un Ermitaño* ha desenvuelto; ó más bien, el conjunto de los problemas que ha querido resolver.

La *Historia de la secta anticristiana* se compone tambien de una serie de cartas dirigidas á un amigo, que habia caído en las redes de la Masonería; por eso, su lectura es muy atractiva; la erudicion pierde su estilo grave, y, algunas veces, pedantesco, para revestir la forma del lenguaje familiar.

La primera carta, que es como el prefacio, habla del doble programa de la Francmasonería, — por una parte: socorros mutuos, y beneficencia; — por otra, esfuerzos incesantes para poner en práctica en el gobierno de los pueblos, las tres palabras

cristianas: «Libertad, Igualdad, Fraternalidad;» desnaturalizándolas y convirtiéndolas en una máquina de guerra para acabar con la Iglesia católica; y encubriendo sus intenciones con las apariencias de una sociedad de socorros mutuos.

La primera parte del programa no la vemos ejecutada en parte alguna. La secta no ha fundado ningun hospital, ninguna escuela, ningun asilo. Por lo que toca á la segunda, ya es cosa diferente: en la Francmasonería todos se ayudan para llegar á los cargos elevados. Este es el objeto aparente de la secta, que le atrae el mayor número de adeptos. A esos adeptos se les engaña con buenas palabras, con prácticas misteriosas y pruebas que hieren la imaginacion; se les exigen terribles juramentos de obediencia y de discrecion; en cambio de las cuales nada se les dá, ni se les promete: son ciegos, que obran sin saber lo que hacen; y satisfechos de obedecer á los gefes que han jurado, no tratan de averiguar nada.

En su segunda carta, el autor entra en materia, y examina el mundo moderno.

Con una fuerza y un vigor de observacion, que ha merecido el unánime aplauso de toda la prensa, examina todas las transformaciones que ha realizado en el género humano. Esta fisiología del mundo moderno, tratada con mano maestra, ocupa tres cartas consagradas á su estudio, bajo el punto de vista de las costumbres, de la historia y de la política. De lo contenido en estas tres cartas, surge naturalmente una conclusion, á saber; que el mundo moderno, es el mundo del Anticristo, ó por decirlo mejor, la era que le prepara el camino. Empero un trastorno tan profundo, en medio de una sociedad cristiana, que cuenta muchos siglos; una apostasia tan espantosa, ¿cómo podría dejar de ser fruto de un trabajo perseverante de una vasta asociacion? He aquí la cuestion que se propone Mr. de Camille; y á ella contesta en las cartas sucesivas, encerrándose en una Logia, de la que no sale hasta haber penetrado los misterios que tienen allí lugar. Todo pasa delante de sus ojos: símbolos, ritos, leyendas, juramentos, catecismos, son el objeto de un examen profundo.

Todas estas cosas tienen su significacion en una Logia; esta significacion, empero, solo es inteligible para un pequeño número

de gefes; la mayor parte de los adeptos no conocen absolutamente nada: únicamente á los más curiosos ó más avanzados en grados se les permiten ciertas interpretaciones, y, por lo comun, falsas. El verdadero sentido de esas ceremonias, que se practican en torno del templo de Salomon, no ha sido conocido hasta ahora, sino por un corto número de gefes y por Mr. de Camille; gracias á los libros reservados exclusivamente para uso de esos gefes, libros que él ha podido hojear.

Aquí es donde comienza á marchar de revelacion en revelacion; aquí es donde la secta empieza á hacer sus confesiones. La secta tiene por cierto, que Lucifer fue injustamente arrojado del cielo por el Dios tirano de los cristianos; y cree, que Lucifer sabrá vengarse de ese Dios: conserva sus tradiciones, segun las cuales, del seno de la Masonería debe surgir el Anticristo, que será uno de los descendientes de Cain. A ese Cain, se le honra con un culto particular en las Logias, y se le considera como el verdadero tipo del hombre perfecto, el hombre segun el corazon de Lucifer. Uno de sus descendientes ha de restablecer en la tierra el régimen de la naturaleza, emancipando á los hombres de la enervante tradicion del pecado original, para que den libre vuelo á sus pasiones.

Se comprenderá al punto, que no nos es fácil dar, en un simple artículo, una idea, ni aún imperfecta, de esas revelaciones, y de las pruebas incontestables en que se apoyan. Remitimos al lector á la *Historia de la secta anticristiana*, y especialmente á las cartas VII, VIII y IX. Empero, teniendo á la vista el programa de la Masonería, y conociendo de una manera, que no deja lugar á ninguna duda, el objeto que se propone, se presentan estas cuestiones. La existencia de esa secta ¿data de ayer, de hoy, ó de algunos siglos atrás? ¿Por qué da culto á Cain? ¿Por qué tributa homenajes á Judas Iscariote, á Simon Magó, á Manés?

Esta cuestion ha obligado á Mr. de Camille á reconstruir la historia del mundo. Tomando el vuelo desde la época actual, busca en todos los siglos el origen de la secta. La vé establecida en Francia, bajo Felipe Igualdad; triunfar en Inglaterra, bajo Cromwell; empero, ni Cromwell, ni el Duque de Orleans inventaron nada; se contentaron con aprovecharse de una herencia que venia de lejos.

De Cromwell, nuestro autor se remonta á Manés; de Manés, á Simon Magó; y todos esos hombres le responden, que se proponian el mismo objeto, y ejecutaban el mismo programa; pero, que si quiere encontrar su inspirador, ha de remontarse mas alto á través de los siglos.

El mismo Jesucristo encontró en su camino esta secta, que se cubria con apariencias de virtud; llamábase amiga de la verdad, del género humano; empero, menospreciaba á todo el mundo, y se separaba del resto de los hombres. Esos sectarios llamábanse Fariseos; jactábanse de poseer la verdadera luz, y conservaban sus tradiciones, que ocultaban á los demás. El Hombre-Dios fulminó contra ellos los mas terribles anatemas.

El Fariseo es el hombre de la secta: por eso San Pablo, tuvo buen cuidado de advertirnos, que el misterio de la iniquidad, que se manifestaría al fin del mundo, se formaba ya en su tiempo.

Jesucristo tenía para todos palabras de paz y de perdón; ménos para los Fariseos. Sabia muy bien, que eran «los hijos del demonio, y trabajaban en favor de su padre;» y así se lo dijo. Llamábales sepulcros blanqueados, raza de vívoras, y negábase á hacer milagros en favor suyo: el solo milagro que prometió hacerles, fué el del profeta Jonás, esto es, el de su destruccion.

Finalmente, Jesucristo los maldijo, no por sus obras individuales, sino por su obra colectiva. ¿Quién de vosotros se salvará de la ira que os amenaza? Los grandes pecadores se salvarán, pero no hay salvacion para vosotros. «Recaerá sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre del último justo.» ¿Quién no vé aquí la secta consagrada á Cain, que está en perpetua guerra con la Iglesia, representada al principio del mundo por Abel?

VII.

No cabe duda que en los Libros sagrados se encuentran otros pasajes bastante oscuros, sobre todo, bajo el punto de vista histórico. Los intérpretes estan de acuerdo acerca de este punto; y aún los más santos y sabios entre ellos, reconocen en esta oscuridad cierta disposicion particular de la providencia. «De esos mismos puntos oscuros, dicen

ellos, se ha podido sacar cuanto era necesario para la salvación de las almas, esto es, las enseñanzas morales; pero el verdadero sentido histórico, no es todavía conocido, porque aún no es necesario. Dios lo manifestará en su hora.» Así se expresan Jerónimo, Agustín, Gregorio el Grande, Tomás, y varios otros.

¿Habrá llegado el momento de proseguir el estudio de las santas Escrituras, bajo el punto de vista de la existencia de una secta, que nació con la Iglesia, y que va siguiéndola, paso a paso, para destruirla? Se concibe fácilmente; después de lo que acerca de la obra histórica de Mr. de Camille hemos dicho hasta aquí, que la respuesta a esa pregunta, no puede dejar de ser para él afirmativa. Habiendo marchado por tanto tiempo, á través de los Anales del mundo, sobre las huellas de la secta, sin encontrar el origen de ese río apostado, y de los miasmas deletéreos, que corren paralelamente á las aguas límpidas y puras de la Iglesia, nuestro Ermitaño pide el secreto á las páginas inspiradas; y se lo pide con un corazón humilde y lleno de celo, para salvar á sus hermanos en la fe, de los lazos que, al presente, les tiende la secta; y con un espíritu de perfecta sumisión á la Iglesia, la sola que puede pronunciar el fallo definitivo en semejante materia.

El segundo volumen de la *Historia de la secta anticristiana* está consagrado á dilucidar los textos hasta ahora no aclarados de la Biblia, empezando por la maldición que el Eterno fulminó contra Cain, hasta los libros de los Macabeos. Apremáronse á decirlo, y digámoslo en alta voz: admitida la existencia de una secta, que toma su origen en la descendencia de Cain, todos esos textos, que parecían impenetrables, arrojan rayos de vivísima luz: la interpretación del autor no tiene nada de convencional, ni de violento; por el contrario, es una interpretación natural, que toma las palabras en su usual significación. Si no se admite esa interpretación, estamos otra vez en tinieblas.

Otro de los textos bíblicos, acerca de los cuales los intérpretes han tenido que contentarse con venerar los secretos de la Providencia, pasando adelante, sin ensayar siquiera una interpretación, que pasará á las generaciones futuras; es el texto en que está consignada la maldición de Cain, el primer culpable impenitente. Adán y Eva

son admitidos á la expiación, pero, no su hijo, que es abandonado á sí mismo, esto es, á Lucifer. Las palabras del texto sagrado dejan entrever, que Cain vió á Lucifer; y por una permisión de Dios, que encuentra su explicación en el plan providencial, que se desarrolla á nuestros ojos, en los Anales del mundo; obtuvo de él una tradición, enteramente contraria á la tradición y á la verdad cristianas.

La descendencia de Cain es la que fundó las primeras ciudades, y manifestó cierta necesidad de vivir reunida; necesidad que se explica perfectamente, por el deseo de conservar en sus reuniones secretas esta mentirosa tradición. En la raza de Cain tuvieron principio los falsos cultos que, bajo formas variadas al infinito, contienen, en el fondo de sus misteriosos laberintos, la idea de una revancha del ángel rebelde contra su Criador; de la lucha del mal contra el bien; uno y otro falsamente definido.

Esos hijos de Cain, son los designados en la Biblia bajo el nombre de hijos de Babil, y cuya perversidad fué tal, que llegaron á corromper á los descendientes de Enoo, que adoraban al verdadero Dios, arrastrándoles á la idolatría, al olvido del Criador; apostasía que provocó la venganza del cielo, y acarreó el Diluvio universal. Cam conservó la secta en el Arca; y, por medio de sus hijos, corrompió de nuevo el mundo: la corrupción penetró en el pueblo escogido, en ese pueblo, á quien el Eterno había sobre todo recomendado, que permaneciese cuidadosamente separado de los otros pueblos, y no reconociese otros dioses que él. ¡Cuántas veces la nación Judía infringió esos preceptos, y ciega y seducida por las naciones vecinas, por los descendientes de Cam, los olvidó enteramente! La mano vengadora de Dios hirió con rigor á su pueblo; y éste, convirtiéndose, dejó varias veces de imitar á las otras naciones, para no abusar más de la paciencia del Eterno.

Llegó por fin el día en que la apostasía fué general: la secta era muy poderosa en el imperio de Judá: el pueblo imitaba las costumbres, las leyes, la enseñanza, la lengua y el culto de los pueblos vecinos; de los hombres, que conservaban las tradiciones misteriosas. A esta apostasía, á esta rebelión manifiesta, siguió otra vez la destrucción. Dios dijo á ese pueblo: tú ya no tendrás más patria, andarás disperso por

toda la tierra. ¿Es, acaso, contrario á la sana razón, aun prescindiendo de toda otra prueba histórica, creer; que una nueva apostasía, más pérfida que las precedentes, por ser apostasía de pueblos cristianos; apostasía que, pretende destruir completamente los frutos de la Redención y del sacrificio del Hombre-Dios; pueda ser causa de la última conflagración del mundo? Mr. de Camille no lo cree, y nosotros somos de su opinión.

Mas, ¿por qué sería de aberraciones, por cual enorme abuso del libre albedrío, puede el hombre ser arrastrado á la rebelión obstinada, invencible, contra el autor de todo bien? Esto es lo que no se explicará nunca si no se admite la existencia de una secta, que tiene odio profundo á Dios y á las leyes que Dios ha impuesto á los hombres. Esta secta se aprovecha de todos los extravíos del espíritu humano, tiende la mano á todos los desórdenes, fomenta todos los errores, hace alianza con todas las heregias, excita toda clase de rebeliones, y multiplica las sectas al infinito; pero su programa, su objeto, y hasta los medios especiales de que se sirve, son siempre los mismos.

Las heregias pasan, los atentados contra el orden social son reprimidos, las sectas afiliadas nacen y se dispersan sucesivamente; empero, la secta hija primogénita de Lucifer vive siempre, y guarda cuidadosamente el tesoro de sus falsas tradiciones, de sus falsos principios, de sus armas insidiosas, de sus refinadas perfidias: tan pronto se oculta en sus antros, como se muestra en plena luz; y casi siempre procura confundirse con los otros errores, con las otras legiones que atacan las verdades eternas, aunque conservando siempre su especial fisonomía.

No es fácil conocerla por su fisonomía; por eso vemos, que los mejores historiadores han pasado junto á la secta y no la han conocido. Esto se comprende sin dificultad; pues ellos no podían pasar de lo conocido á lo desconocido. Para investigar el origen de la Masonería, y descubrir el objeto que se propone, era necesario conocerla en sus obras, saber cual es su espíritu, y cuales sus tendencias. Mr. de Camille emprendió con toda paciencia este trabajo colosal, y lo ha llevado á feliz término con sus tres obras: *Cartas de un Ermitaño*; *Nuevas*

Cartas, é *Historia de la secta anticristiana*. En esos volúmenes se arranca la máscara á la obra del infierno, y el mundo cristiano no tiene excusa delante de Dios, ni delante de los hombres, sino se pone en guardia.

VIII.

Nunca hubiéramos obtenido el permiso para insertar esta serie de artículos en un diario, dirigido por el autor del mismo libro de que nos ocupamos, á no ser por el artículo bibliográfico que ha publicado la *Unidad Católica* del 22 de diciembre de 1871, sobre la *Historia de la secta anticristiana*. Ese artículo contiene una carta de una persona docta y piadosa; nosotros la insertamos aquí, como complemento de nuestra Revista bibliográfica. Esta carta, que revela la importancia moral de la susodicha obra histórica, y manifiesta el bien que puede hacer, es la que ha triunfado de todas las repugnancias de nuestro director. Su personalidad desaparece ante la necesidad, de procurar, por todos los medios posibles, que el bien se propague cuanto sea dable. He aquí la carta, que copiamos de la *Unidad Católica*.

«Yo siento una necesidad irresistible de manifestar el puro placer que me ha causado la lectura de la importante obra de Mr. de Camille (*Historia de la secta anticristiana*); placer tan grato, que he querido volver á leerla toda entera. Bajo su pluma, el mundo toma una fisonomía enteramente nueva. Y si se me permite la comparación, diré, que la lectura de esta obra causa tanta sorpresa como el estudio de las nuevas leyes de Química, cuando se han leído las obras de los alquimistas de los siglos xv y xvi. Esta obra es una verdadera revelación. Yo no dudo, que esta obra llegará a manos de todos; y conviene que llegue; pues si leen esta historia, no solo los italianos, sino los demás pueblos, de seguro se retirarán de la secta gran número de esos pobres ciegos, que inscriben sus nombres en las listas de las logias, sin saber lo que se hacen; contribuyendo de este modo, á la destrucción definitiva de toda organización social cristiana. No cabe duda, que el mérito del autor es grande delante de Dios; yo me alegro que su voluntad divina le haya escogido para esta importante manifestación de las verdades históricas, igno-

radas hasta el presente; ó que, cuando ménos, no habían sido nunca demostradas con tan severa lógica, con tan sabia crítica, y con un estilo tan atractivo. El libro de Mr. de Camille se lee sin trabajo alguno, desde el principio hasta el fin; y la mano no lo deja sin un vivo deseo de leerlo de nuevo. Y concluida la lectura, es imposible separarse del autor sin experimentar cierta tristeza; como el viajero que recorre ciudades desconocidas, está triste al separarse del guía que, con la mayor habilidad, le apartaba de los lugares peligrosos, y bajo cuya dirección se creía seguro. Yo no tengo

la honra de conocer á este escritor; y el sentimiento que me causa el dejar su obra, solo puedo suavizarlo, asegurando en las columnas de la *Unidad Católica*, que hago los más ardientes votos para que, cuanto antes, se logre el piadoso fin, que el autor se ha propuesto, y caiga la venda de los ojos de tantos ciegos, que, sin duda, nos arrastran al abismo.

Nuestro amado director me permitirá, que tambien yo una mis votos á los de la *Unidad Católica*.

C. DE LA VIGNE.

EL PRÓXIMO DESENLACE DE LA CRISIS PRESENTE,

POR EL AUTOR DE:

EL GRAN PAPA Y EL GRAN REY.

Juicios que ha merecido la edicion primera.

Apreciacion de los periódicos religiosos de Tolosa.

«El autor del libro: *El gran Papa y el gran Rey* que ha obtenido tan señalado éxito, ha publicado en Tolosa una nueva obra, no ménos propia para excitar un vivo interés de curiosidad, al mismo tiempo, que encierra un grande interés de actualidad: Se titula: *El próximo desenlace de la crisis presente*.

Acaso, el autor de esa obra no ha escrito cosa alguna mas curiosa ni mas interesante. El drama de la crisis, que está próximo á estallar, nos lo reseña en sus mas minuciosos detalles, y en términos que impresionan en alto grado. Despues de leer esa obra, parece que se pueden esperar con calma, ó á lo ménos, sin terror, los acontecimientos verdaderos.

Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Aire.

«Al recibir vuestra nueva obra: *El próximo desenlace de la crisis presente*, de la que forma parte vuestra tan interesante interpretación del capítulo XII del Apocalypsi, me he podido resistir á la curiosidad de leer todo el libro, sin soltarlo de la mano hasta terminar la lectura.

Lo he absorbido todo, de una vez, como se vacía, de un sorbo, una copa llena de un licor no conocido, pero delicioso. Me ha quedado en el alma un agradable sabor de piedad, y una gran tranquilidad contra los terrores de un temible porvenir.

Los hombres que se ocupan de ese porvenir, hallarán en vuestra exégesis, grandes motivos de consuelo y esperanza.

Recibid las seguridades de mi mayor consideración.»

LUIS MARÍA, Obispo de Aire.

A Nuestro Señor Jesucristo, Rey inmortal de los siglos.

A MARÍA, MADRE DE DIOS, Y NUESTRA MADRE; PROCLAMADA INMACULADA POR PIO IX.; Y CONFIRMANDO POR SÍ MISMA ESTE ORÁCULO, AL DECIR EN LA GRUTA DE LOURDES,

YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION.